

VIII

LA VENGANZA DE PENHOEL.

La mañana de ese día por primera vez desde hacía dos meses habían podido considerar extrañas miradas la horrorosa miseria del desvan donde se morían los antiguos señores de Penhoel.

Hasta entonces ese despojo absoluto y esa mortal angustia habían sido sorprendidas únicamente por las dos hijas del tío Juan.

Mme. Cocarde, la inquilina principal, que solía subir la escalera con su bata de lana y su gorra de cintas de color de fuego para pedir el pago del alquiler, tenía conocimiento oficial de esa miseria, pero no se mezclaba en los negocios ajenos. Al ba-

jar del desvan donde el hambre asesinaba á toda una familia, se sentaba á su solitaria mesa y comía con ese apetito concentrado propio exclusivamente de los glotones.

Mme. Cocarde no hubiera tampoco perdido su apetito, aunque hubiese sabido que sus desgraciados inquilinos habían muerto de hambre.

Forzoso había sido que la casualidad hubiese advertido á algun vecino caritativo.

La misma mañana se había subido al granero de los Penhoel, habiéndose trasladado inmediatamente á maese Geraud, que lentamente caminaba al otro mundo sin otra enfermedad que la debilidad y el hambre.

Porque desde que su debilidad lo había sujetado al jergon, el anciano posadero rehusaba obstinadamente comer para no disminuir la parte de pan de la familia.

Al retirarse el vecino que condujo á maese Geraud al hospital, puso en una punta del jergon un escudo de tres libras.

Tambien era pobre y no podía hacer mas.

Desde que estuvo vacío el jergon, se deslizó por el polvo, apoyándose en las manos y en los piés, René de Penhoel, con el objeto de ocupar el puesto caliente del enfermo.

Su fisonomía petrificada espresaba como una alegría estúpida.

Marta estaba sentada en el mismo sitio en que la hemos visto la víspera. Cruzábanse sus dos ma-

nos sobre las rodillas. Se apoyaba en la pared y permanecía inmóvil. Su enflaquecido rostro estaba tan pálido, que se hubiera podido creer que la había abandonado la vida.

El tío Juan estaba de rodillas á su lado contemplándola en silencio.

Llamaron á la puerta del granero. El tío de las albarcas pensó que era el vecino que volvía.

—Adelante, dijo.

La puerta se abrió, y un hombre con el traje de los mozos de esquina entró.

Miró en torno suyo con aire asombrado.

—¿Vive aquí Mr. Juan de Penhoel?

—Sí, contestó el tío; yo soy.

—Entonces, replicó el mozo, tengo que entregaros esta carta.

Luego añadió inmediatamente para tener el derecho de marcharse, porque la presencia de aquella miseria le desgarraba el corazón:

—No tiene respuesta y está pagada la comision. Hasta otra vez.

Salió bruscamente: oyósele bajar la escalera de cuatro en cuatro.

El tío tenía entre sus manos la carta que Roberto había trazado de prisa en casa de un memorialista del arrabal San Honorato.

La carta decía:

“Teneis valor, amais á Marta, y además sois el único defensor del honor de Penhoel.

“Blanca, vuestra sobrina, está en poder de un

hombre rico y poderoso, tan poderoso y tan rico que la justicia humana no conseguiría su objeto dirigiéndose á él.

“Habeis sido soldado y sois caballero.

“El personaje de que se os habla es un inglés llamado Berry Montalt: lo encontrareis en el Círculo de los extranjeros, calle de San Honorato, número....

“Para conseguir entrar en el Círculo el mejor pase es el mismo nombre de Berry Montalt.”

Mientras que leía había levantado hasta él sus ojos Marta.

Era algo extraña aquella carta dirigida á aquella miseria abandonada.

El tío Juan le besó las dos manos.

—Voy á salir, hija mia, dijo; valor: Dios tendrá piedad de nosotros.

Marta movió la cabeza y bajó los ojos. No preguntó.

No tenía fuerzas ni aun para ser curiosa.

El tío tomó su sombrero y se alejó.

Marta estaba sola con el señor de Penhoel. Semejante circunstancia no se había presentado desde su salida del castillo; siempre había estado con ellos ó el tío Juan ó el posadero de Redon.

Durante los dos meses que acababan de trascorrir, nadie había recordado la escena de salvaje violencia que había tenido lugar en el salon de Penhoel en el momento de la partida.

René parecía haberla olvidado. Marta no quería recordarla.

Por lo que hace al tío Juan, había ejercido largo tiempo sobre Penhoel una activa y oculta vigilancia desde algunas semanas; pero había cesado poco á poco. Todo parecía muerto en René, hasta la cólera, y bastaba mirarlo de cerca para adquirir la certidumbre de que era incapaz de despertarse en él el espíritu de venganza.

Su naturaleza moral y la física habían cedido igualmente. Era un anciano imbécil y débil: su pensamiento dormía como en otra época el resorte de sus miembros tan robustos.

Permanecía días enteros sentado en un rincón inmóvil, y no abandonando su inerte apatía mas que para llevarse á los labios la botella en que algunas veces solía echar el tío Juan unas cuantas gotas de aguardiente.

Cuando en la botella no quedaba ya nada, dejaba caer la cabeza barbuda sobre su pecho y permanecía abismado desde la mañana hasta la noche en un sueño pesado.

No se movía; no hablaba: recibía las atenciones de su mujer sin espresar ni placer ni sentimiento, y cuando se fijaba en ella su mirada, hubiérase intentado en vano buscar en aquella inmóvil pupila el indicio de un sentimiento cualquiera, ódio ó ternura.

El tío Juan se fiaba de esas apariencias y no temía.

Una vez que se había encendido luz en el granero, decía maese Geraud que había visto al despertarse á René de Penhoel de pié en medio de la habitacion mirando con iracundos ojos á su mujer.

Sus pálidos labios temblaban, murmurando amenazadoras palabras, que llegaban confusas á los oídos del enfermo.

Marta dormía acostada sobre la paja.

Los dedos de René se crispaban convulsivamente: hubiérase dicho que iba á lanzarse sobre ella y ahogarla entre sus descarnados brazos.

Pero el anciano Geraud tenía calentura, y sabido es que ésta produce visiones y malos sueños.

Al día siguiente René estaba sentado como de ordinario en un rincón, y nada había turbado la tranquilidad del sueño de Marta.

El tío Juan no pensaba ya en esa circunstancia. No le había ocurrido la idea de temer mientras que cerraba la puerta del granero en que quedaban Marta y René.

René estaba echado en el jergon en el sitio del pobre maese Geraud, aparentando dormir.

Desde que se dejó de percibir en la escalera el ruido de las albarcas del tío Juan, abrió los ojos para dirigir en torno suyo una mirada indecisa y pesada.

Después se levantó lentamente, sentándose sobre el jergon.

Sacó de su bolsillo el escudo de tres libras, lo

colocó en el hueco de su mano, lo volvió diferentes veces, examinándolo en todos sentidos.

Cuando sus ojos se separaron de la moneda, fué para volverse hácia su botella, que habia dejado en su antiguo puesto.

Se sonrió.

Pero cuando sus ojos, reconociendo el granero, fueron á fijarse en Marta, que le volvia la espalda, dejó de reirse.

Sus apagadas pupilas brillaron repentinamente; las arrugas de su frente se hicieron mas profundas.

El que hubiese visto aquella mirada se hubiese estremecido á la idea de un crimen.

El crimen debia ser horrible en aquel recinto desnudo, entre dos seres debilitados por la miseria.

Marta no veia nada. Pensaba como siempre en el martirio presente y en la felicidad pasada. En sus lábios y en el fondo de su corazon habia constantemente tres nombres:

Diana, Elena.... Blanca; Blanca sobre todo vivia, Blanca, el ídolo adorado de rodillas.... el amor de aquel corazon desgarrado, la esperanza de aquella vida destrozada.

Las otras estaban muertas, tenian la felicidad á los piés de Dios. Pero Blanca, que sufría; Blanca, la víctima de un lazo misterioso, inesplicable; Blanca, la pobre virgen que iba á ser madre.....

Porque Marta habia contado los dias; la jóven debia admirarse espantada á los estremecimientos de su seno.

¿Qué hacia? ¿Quién la salvaba de sus terrores? ¿En qué regazo ocultaria su sonrojada frente en la hora fatal?

¿Y el hijo? El corazon de Marta latia animado por una emocion doble, teniendo á la par un recuerdo que se mezclaba á la angustia presente.

La desgracia de la hija habia sido la de la madre, y parecia que Dios habia lanzado dos veces esa calamidad en la casa de Penhoel como una funesta herencia.

Una noche la pobre Marta habia huído de su habitacion; entonces era tambien una niña. Su corazon estaba virgen como el de Blanca, pero su seno doloroso le gritaba: Eres madre.

Al mismo tiempo, aunque nada recordase, le hablaba una voz desde el fondo de su alma, revelándole el nombre del padre de su hija.

Un hombre á quien amaba con cariño puro, constante, su primero y único amor, el primogénito de Penhoel, que la habia abandonado.

Porque hacia muchos meses que Luis habia dejado la Bretaña.

Veíasela bajar la sombría pendiente que conducia de las puertas del castillo á las orillas del Oust.

Iba sufriendo, dolorosa, desalentada.

Y la puerta del barquero Benito Haligan se abria para recibirla. Allí, sobre un lecho de paja, á la trémula y pálida luz de la resina, daba Marta á luz dos niñas, cuya primera sonrisa pasaba en

aquel momento delante de sus ojos y la hacia llorar.

¡Pobre Dianal ¡Pobre Elenal ¡Su desgracia habia precedido á su nacimiento!

Marta no estaba sola en la cabaña de Haligan el barquero. Juan de Penhoel estaba junto al lecho acompañado de su mujer; no abandonaron á la jóven parida.

La mujer de Juan de Penhoel se llevó á las niñas, haciéndose su madre.

¡Oh! ¡Blanca era mucho mas desgraciada aún. Junto á su lecho no habia amigos, y tal vez no tuviera en torno suyo mas que el desprecio y el insulto!

Marta pensaba así.

Durante esto parecia sufrir René una súbita trasformacion. La vida, la animacion, volvía á su inerte fisonomía; sus ojos se agitaban en las órbitas vivos y feroces.

Acababa de atravesar un rayo la profunda noche de su inteligencia y por un momento llegaba su idiotismo hasta la locura.

Miraba constantemente la moneda de plata. Movíanse sus lábios, produciendo un vago é inarticulado sonido. Su puño cerrado amenazaba á Marta y su boca se entreabria con una sonrisa salvaje.

Se levantó vacilando; sus piernas no estaban habituadas á sostenerle. Cualquiera que de pié le hubiese visto, se hubiera asustado de su cadavérica

estension. En algunas partes se le veian los huesos á través de los girones de la ropa.

Nada habia en él del señor de Penhoel, y hasta los que habian bebido el vino de su mesa se hubieran negado á reconocerle.

Se acercó á la ventana, que se abria hácia dentro, y despues de examinarla detenida y cuidadosamente, movió la cabeza con aire satisfecho.

Luego bajó hácia el agujero de la puerta por que hemos visto espiar á Diana con las lágrimas en los ojos la miseria de la pobre familia.

En esa puerta habia una inmensa cantidad de agujeros y rendijas. René los contó todos sin omitir ni el mas pequeño.

Aparentaba complacerse en este trabajo.

Entonces estaba delante de Marta, que podia seguir cada uno de sus movimientos; pero la pobre mujer no le dirigia mas que una mirada maquinal; ignoraba por qué contaba así Penhoel los agujeros y las rendijas, pero tampoco procuraba saberlo.

René puso su dedo en la última rendija y volvió á mover la cabeza. Sus grandes cabellos grises seguian el movimiento de su frente, cayendo en desorden sobre sus pálidas mejillas.

Retirólos hácia atrás con las dos manos; despues fijó sus sombríos ojos en Marta, que no le miraba.

—Soy el amo, murmuró con énfasis.

Tomó bajo su brazo la botella vacía, en que no quedaba una sola gota de aguardiente, y se dirigió

hacia la puerta con el paso incierto de un hombre beodo.

Marta oyó abrirse la puerta y cerrarse.

Estaba sola.

Muchas veces habia vagado por aquel gran París buscando á la ventura á su hija sin hallarla nunca; pero la esperanza es inmortal en el corazon de las madres. Su primer pensamiento fué huir y buscar de nuevo tan lejos como pudieran soportar la sus piernas, de casa en casa, de calle en calle, preguntando en todas partes por Blanca.

Se levantó; su debilidad, que era inmensa, no hubiera podido detenerla; pero René habia cerrado la puerta por fuera.

Marta volvió tristemente á su sitio, dejándose caer sobre la paja.

No debia esperar mucho tiempo la vuelta de su marido. Al cabo de algunos minutos se abrió la puerta de nuevo y entró el señor de Penhoel.

Marta no pudo oír su respiracion.

Habia subido de prisa la escalera y volvia muy cargado á pesar de su debilidad.

El escudo de tres libras habia sido gastado todo. La botella estaba llena de aguardiente. Además, traía un gran canasto lleno de carbon, un puñado de papel y un puchero de cola.

Sentóse sobre el jergon para recobrar aliento y beber un gran trago de aguardiente. Su escitacion, lejos de calmarse, parecia aumentarse de minuto en minuto.

—¡Sil... ¡sil murmuraba con la cabeza erguida y brillantes los ojos; ¡soy el amo!

Cuando durante un momento hubo descansado, desgarró en tiras el papel y lo llenó de cola para tapar uno despues de otro todas las rendijas y agujeros.

Esto duró mucho tiempo, porque era inmenso el número de boquetes.

Marta pensaba que René obraba así para evitar el frio de las noches de invierno.

Pero la primera vez que sus miradas se encontraron con las del señor de Penhoel, cambió su creencia; sin saber por qué se sintió estremecer.

René trabajaba cuanto podia; un salvaje entusiasmo movia la silenciosa apatía de sus facciones.

El manajo de papeles estaba empleado, pero en el granero no habia un solo agujero. René habia tomado sus medidas antes de salir.

Pasó el dorso de su mano por la frente húmeda y miró alegremente su terminada obra.

—El que otra vez vino á interponerse entre los dos, murmuró, no está aquí.... ¡soy el amo!

Tomó de un rincon un hornillo olvidado sin duda por los antiguos inquilinos del granero, y colocó encima en forma de pirámide todo el carbon contenido en el canasto.

Luego encendió una yesca y pegó fuego al carbon.

Marta observaba lo que hacia. Durante un momento se pintó el terror en sus grandes ojos abiertos.

Cruzó los brazos sobre el pecho y se apoyó en la pared.

Los vapores del carbon comenzaban á llenar la estancia. René, arrodillado junto al hornillo, soplabla con todas sus fuerzas.

El brasero se encendia, lanzando un sangriento reflejo sobre sus pálidas mejillas.

Reía.

Pronunciaba el nombre de su mujer.

Pronunciaba aún con mas ódio el nombre de su hermano.

Repetía con voz sorda:

—“¡Yo era rico! era feliz, amaba..... ¿Quién me ha robado mi amor y mis riquezas?

“El Angel..... ¡oh! esta vez no vendrá nadie..... Soy el amo”....

Tenia ya trastornada la cabeza. El hornillo no era otra cosa que un monton de fuego. Apuró de un trago el resto de la botella de aguardiente y se dejó caer como una masa sobre el jergon.

El velo se hacia mas espeso. Marta se sentía morir.

Mientras que intentaba reunir las palabras de su suprema plegaria, recibió su letargo un choque repentino; un soplo de aire fresco cayó sobre su boca vivificada: abrió los ojos.

O mas bien creyó abrirlos, y era sin duda una nueva fase de su último sueño, porque entonces veía lo que era imposible.

Sus dos hijas muertas estaban á su lado, Diana y

Elena, no con largos trajes blancos, sino con los vestidos de vírgenes bretonas que llevaban cuando aparecieron en la cabaña de Benito Haligan.

—¡Pobres Hijas de la Luna! pensaba la Señora entonces como antes.

Y sus ojos se habian vuelto á cerrar.

El aire fresco continuaba sin embargo cayendo sobre su frente y su boca.

Oía en torno suyo un ruido de pasos ligeros.

Intentó levantar los párpados. Tenía una nube delante de la vista.

Sin embargo, pudo ver durante un minuto á Diana y Elena que le sonreían desde lejos.

Luego desapareció la vision como si las jóvenes hubiesen traspuesto la puerta.

El hornillo estaba apagado, y la ventana abierta dejaba pasar libremente el fresco aire.

Al bajar los ojos vió Marta brillar una cosa cerca de sí en el polvo.

Era un puñado de oro.